

Me gustaría comenzar mis palabras en esta sesión de clausura consagrada a las relaciones entre "crecimiento, equidad y globalización", recordando el propósito de los trabajos de la Comisión "Progreso Global". Puede parecer en ocasiones que nuestros debates adolecen de un cierto grado de dispersión, que las conclusiones se hacen esperar, que el lenguaje que estamos empleando es bastante heterodoxo y que, para colmo, no situamos el debate en el terreno de los principios. Debo señalar que estoy muy contento de que los debates se produzcan en los términos en que se están produciendo. Me parece una experiencia muy rica y extraordinariamente creativa.

Debo añadir, y espero que se me entienda, que no me interesan por el momento las conclusiones, y menos las conclusiones con vistas a una campaña y un programa electorales. Y algunas conclusiones tengo ya, pero me resisto a sacarlas todavía, porque me interesa sobre todo ir creando una masa crítica y un compromiso mayor de la inteligencia. Estamos intentando recoger un pensamiento relativamente disperso, que ocupa un espectro desde el centro hasta la izquierda clásica, para determinar si hemos alcanzado una masa crítica de pensamiento, primero e inevitablemente en las elites, que nos permita después explicar socialmente nuestros objetivos y lo que queremos. Sin hacer milenarismo, y mediante una aproximación en términos de relativismo intelectual, hemos de ver si estamos en condiciones de ofrecer un cierto paradigma a la sociedad del siglo XXI.

Por otra parte, la belleza e interés de encuentros del tipo de este Seminario reside en que hace 20 años hubieran sido impensables. Hace 20 años estábamos absolutamente encerrados y nuestro lenguaje hubiera sido un lenguaje estrictamente tribal. El que se salía del lenguaje tribal estaba poco menos que condenado a las penas del infierno. Porque la política ha sido una religión - decálogo incluido- para la izquierda durante mucho tiempo. Por ello, creo que el lenguaje y el tono que estamos utilizando son muy enriquecedores, aunque comprendo que genera incertidumbre y malas interpretaciones, que considero mi tarea aclarar y corregir.

En último término, puede pensarse que a nuestros trabajos no les guía la preocupación por los principios, y que somos, empezando por el Presidente de la Comisión "Progreso Global", demasiado pragmáticos. Estas apreciaciones formarían parte de lo que he llamado malas interpretaciones, y que, como acabo de decir, no tengo inconveniente en aclarar. Los principios me preocupan, y mucho. Pero afronto el debate sin presunción y con un sano relativismo intelectual. Y, sobre todo, me inquieta que caigamos en la tentación de hacer un debate sobre los principios ¿Porque no me importan los principios, o porque me basta con los de la Revolución Francesa? Puede sonar provocador. Pero no quiero que de nuevo el debate de la izquierda sea tan escapista que consista en inventar un futuro que nunca llega para que la derecha gobierne siempre un presente que sí llega: el presente en el que estamos. Como esta no es la vocación que deseo para la izquierda, no quiero que haya un escapismo puramente principista. No he aceptado el mandato de la presidencia de la Comisión para eludir la responsabilidad de plantear las preguntas necesarias e intentar algunas respuestas ¿Quiere esto decir que nos dejamos caer en brazos del pragmatismo para renunciar a la utopía? Al contrario. Como se diría en Méjico, nos jalamos de dos necesidades distintas. Nos jala la urgencia de la respuesta del presente, y nos jala también la preocupación por encarar los desafíos del siglo XXI. Depende de lo que cada uno de nosotros hagamos. Los historiadores, o sociólogos, o economistas presentes aquí -y espero que en adelante en nuestro debate- pueden estar menos preocupados por lo que ocurra con la coalición electoral A, B, o C pasado mañana, que por lo que está ocurriendo en la sociedad y por las expectativas que se pueden generar con vistas al siglo XXI.

Los principios me preocupan cada día más, porque son nada menos que lo que nos identifica con nosotros mismos, independientemente del partido, grupo o "tribu" a la que pertenezcamos. No es ocioso subrayar que algunos entramos en política principalmente por rebeldía moral. Después hicimos otras aproximaciones. Pero en un principio lo que yo no soportaba, era cruzar la frontera de mi país hacia Francia y sentirme libre, y volverla a cruzar en sentido contrario y sentirme oprimido. Me parecía inaguantable ¿Cómo era posible que tuviera que irme de mi

país para respirar, y que se me cortase la respiración al regresar? Era inaguatable moralmente. Este es el impulso primario por el que muchos nos hemos comprometido con la política: ser libres, y además, preferir que la gente viva mejor, y no porque tenga una lavadora cada dos años, que diríamos en la sociedad de consumo, sino por los valores que se comparten.

Por tanto, cada vez me identifico más con los principios. Tomo el ejemplo de la solidaridad. Queremos vivir en libertad y solidariamente, y para ello utilizamos el único instrumento del que disponemos para diferenciarnos del resto de los animales , organizarnos de manera razonable y poder sobrevivir. Llevamos un larguísimo camino para organizar nuestra convivencia en armonía con la naturaleza, y para hacer sostenible el modelo de sociedad en el que vivimos, comportamiento que los animales hacen de forma genética y natural. Nosotros empleamos un camino muy largo, lleno de sufrimientos y de tragedias, para ir acercándonos más o menos a un cierto mandato genético.

¿Qué es la solidaridad hoy? Si recuperamos nuestro lenguaje clásico - el que nos identifica y delimita nuestro territorio-, la llamaríamos solidaridad de clase. En el pasado, esta solidaridad de clase generaba casi siempre por reacción, la solidaridad de otra clase que tenía miedo de que la acción solidaria de la otra clase desmontara sus privilegios. Sin embargo, propongo que abramos el lenguaje de la tribu y expresemos nuestras ideas de otra manera. La solidaridad tiene un componente de sentimiento y tiene un componente de experiencia vital compartida, la cual depende de la forma en que se organiza la sociedad según unos ciclos, y -homenaje a Marx- depende mucho también de la manera de producir bienes. Pues bien, en la primera y en la segunda revolución industrial, la experiencia vital compartida de una parte de la población era la del trabajo en cadena, lo cual generaba una especie de conciencia de clase o solidaridad vital compartida. No en vano se compartían las 8 ó 10 horas de jornada y se convivía en el barrio, y además un miembro de la familia, más el viejo de la casa y una parte del tiempo los niños, estaban normalmente en casa. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que el trabajo en cadena -origen de la experiencia vital compartida que apenas he esbozado- llega a su fin. La gente no se va a

concentrar ya en grandes complejos industriales, e incluso algunas compañías han decidido que la gente trabaje en su casa. En consecuencia, la experiencia vital compartida desaparece en el ámbito del trabajo, y desaparece en el ámbito de la convivencia en el barrio o los núcleos urbanos, que se van quedando vacíos, porque la mujer y el hombre trabajan, el niño se va a la escuela y el abuelo está en una residencia. La convivencia que generaba un sentimiento de solidaridad está desapareciendo. Por fuerza nuestras relaciones serán distintas.

Con la vista puesta en el siglo XXI, me preocupa que los individuos basen su solidaridad en un sentimiento, porque, excluida la experiencia vital compartida, el sentimiento es frágil, y depende de lo que los medios de comunicación nos sirvan dramáticamente en un momento determinado. Ante la información y, sobre todo, ante la imágenes de un terrible espectáculo, sentimos la solidaridad de manera explosiva. Pero en el país de al lado puede estar pasando lo mismo, y si no lo vemos, no nos inspira el mismo o ningún sentimiento. Y el sentimiento es tan frágil, que si a los 15 días desaparece la tragedia de las noticias, la gente habrá hecho un gran esfuerzo por quitarse la camisa o parte de su dinero e intentar poner término a la tragedia, pero, tras la explosión de la solidaridad sentimental, quedarán seguramente sólo cuatro jóvenes de una ONG dispuestos a irse a ese territorio y a continuar expresando su solidaridad a partir de los primeros sentimientos. Sin experiencia vital compartida, nos resulta mucho más difícil soportar un centro de recuperación de drogadictos en nuestro barrio, que ayudar a paliar las catástrofes de Africa.

Este tipo de actitudes ponen de manifiesto la desestructuración de la sociedad, motivada por una dinámica de cambio muy rápido que nos obliga a repensar la solidaridad sin ninguna liviandad de equipaje en materia de principios, pero sin escaparnos de nuestras responsabilidades mediante el recurso al debate sobre los principios.

En la izquierda nos ha dado -y nos sigue dando- miedo tener vocación mayoritaria, porque la vocación mayoritaria significa que nos tenemos que dirigir a una mayoría social por definición compleja. Y si la mayoría social es compleja, quiere decir que

no va aceptar la simplificación de un lenguaje que sólo se dirige a un segmento muy concreto de la sociedad. Nos dan miedo las mayorías por su complejidad. Como empezamos a ser realistas, en el sentido de tener un sentido práctico de la ética de la responsabilidad, siempre estamos buscando fórmulas que nos ligen a otros para encontrar mayorías. Con esta actitud, estamos renunciando a tener vocación mayoritaria. Entre el escapismo de inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente, y el pragmatismo de adaptarse absolutamente al presente y olvidar lo que es la utopía o el deseo de construir el futuro, tenemos algunas dificultades para definir nuestro lugar.

La vocación mayoritaria es la vocación de la complejidad, y la vocación de los programas mayoritarios significa asumir que hemos de hacer frente a ciertas contradicciones. La conciencia de esas contradicciones me lleva a plantear que deberíamos también demostrar a los empresarios que con nuestras ideas sobre los paradigmas sociales del siglo XXI, va a funcionar mejor la sociedad. En otras palabras, no hablemos sólo entre nosotros y para nosotros, y con nuestro lenguaje de siempre. Hablemos también con los empresarios, y demostrémosles que el modelo actual de crecimiento económico sin equidad no es sostenible, no sólo por el conflicto y la inestabilidad sociales que genera, sino también desde el punto de vista económico del propio empresario. En el modelo de crecimiento económico sin equidad -que puede interesar a corto plazo a los empresarios-, no se reproduce de manera adecuada y suficiente el capital humano que la empresa necesita. Este argumento quiero exponérselo directamente al empresario y que en ese preciso momento sea no tanto mi adversario, sino un interlocutor de lo que pienso y digo. Para ello tengo que evitar el lenguaje puramente tribal o de definición ideológica, que marca excluyentemente mi territorio. Los empresarios tienen que empezar a preocuparse tanto como nosotros sobre la sostenibilidad del modelo, aunque sea debido al cálculo egoísta de beneficios y costes. Estos sectores están obligados también a pensar en las consecuencias de un economía globalizada. Es el momento de que empiecen a considerar que el beneficio a corto plazo no es lo único importante para el futuro de sus empresas o el de sus propios hijos. El espíritu emprendedor se justifica por otros objetivos. Si reflexionan sobre

su porvenir y el de sus empresas, aceptarán tal vez que la sostenibilidad del beneficio a medio plazo puede ser contradictoria con la optimización del beneficio a corto plazo. De hecho lo está siendo ya para la propia actividad empresarial. En general, ¿cuál es el lamento de un empresario en América Latina? Se quejan de que en América Latina falta ahorro, de que las sociedades latinoamericanas son inestables y su nivel educativo insuficiente para aguantar la revolución tecnológica. Pero si les recordamos que el ahorro procede de las familias o de los estados o de las empresas, y les llamamos la atención sobre el hecho de que las familias latinoamericanas tienen una renta anual de 500 dólares, o de 300, o de 1.000 ó 1.200, les tendremos que preguntar: ¿cómo van a ahorrar esas familias con semejantes niveles de renta? Y si el Estado está cada vez más raquítico, y se le exige por parte de los sectores empresariales que ingrese cada vez menos -al tiempo que se le pide también que gaste menos-, ¿de dónde va ahorrar el Estado? En definitiva, el único y fundamental ahorro puede provenir de las empresas. Ahora bien, como el empresario no se fía de su propio país, porque lo considera inestable, parte del ahorro lo coloca en el exterior. Este modelo no es sostenible a medio y a largo plazo. El empresario quiere gente educada, pero no quiere que haya un Estado que la eduque. Las empresas, salvo las grandes, tampoco pueden educar a sus empleados.

Termino insistiendo en alguna idea anterior. Mi deseo es que continuemos debatiendo, aunque no eternamente. Quiero cerrar algunas conclusiones. Pero el propósito real de la Comisión "Progreso Global" es abrir una gran autopista de debate, e incorporar a gente que se separó de nosotros porque no hacíamos nada o porque cada vez utilizábamos un lenguaje más tribal sin comprender lo que pasaba fuera. Esas gentes tienen tanta necesidad como nosotros de que nos miremos a la cara y de que empecemos hablar de lo que acontece en la sociedad, y de cómo puede la izquierda encontrar explicaciones y respuestas adecuadas.

Y como soy pragmático, heterodoxo y no sé cuantas cosas más, es por lo que, cuando mi partido me propone crear una fundación, la llamo Socialismo XXI. Porque me interesa el siglo XXI, y porque estoy convencido de que la sostenibilidad del modelo pasa por sociedades que estén cohesionadas interna,

regional e internacionalmente. En caso contrario, los problemas de durabilidad del modelo de convivencia libre y en la paz que da una cierta cohesión social, serán tan graves que el modelo fallará. Esta conclusión hemos de razonarla de tal manera que nuestra propuesta y el propio razonamiento que nos lleva a ella, sean válidos para las mayorías sociales y para los agentes económicos y los empresarios. En cuanto a estos últimos, tienen en cuenta el éxito de las propuestas. No les falta razón. Y sólo se fijarán en nosotros si consideran que tenemos éxito. Si no es así, mirarán para quien lo tenga. Por nuestra parte, tenemos que mirarlos a ellos con exacta exigencia, llamando la atención sobre el hecho de que su éxito depende de que el modelo sea sostenible. No nos referimos al triunfo de los especuladores, sino de los que tratan de generar riqueza, de reproducirla y de sostenerla.

Os invito a abrir la frontera de nuestro pensamiento, a vivir en rebeldía con nosotros mismos, aunque estemos en paz con los hombres, que diría Machado. Estemos en paz con los demás, pero seamos rebeldes con nosotros mismos. La peor tragedia de la izquierda es el conservadurismo ideológico. Gracias.

Felipe González Márquez

Conferencia inaugural Universidad de Verano de Adeje

Julio 2001